

GUERRERO MALAGÓN, IMAGINERO RELIGIOSO

RAMÓN GONZÁLEZ RUIZ
Numerario

Dos son los motivos que me han impulsado a tomar parte en este excepcional homenaje que la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo dedica en el día de hoy con tanto merecimiento como justicia a Guerrero Malagón en su pueblo natal de Urda.

El primero es común a todos los que tomamos hoy la palabra y es la amistad que a cada uno de los que intervenimos en este acto nos ha unido a él durante muchos años. Ciertamente además de nosotros muchas otras personas podrían hablar de él con competencia y conocimiento de causa, porque Guerrero Malagón ha sido siempre generoso en prodigar una amistad sincera a cuantos han disfrutado de la oportunidad de tratarle. La diferencia estriba en que cada uno le ha conocido a su manera, desde su propio ángulo personal y creo que otros muchos amigos suyos deberían estar aquí, para enriquecer con sus palabras la imagen poliédrica de este hombre tan sencillo a la vez y tan plural. Es necesario que sobre él acumulen testimonios cuantos le han conocido, porque las futuras generaciones corren el riesgo de perder de vista la dimensión humana del artista y de ahí a malinterpretar su obra no hay más que un paso. Si tomamos como un axioma, aceptado ya desde siglos, aquello de que "el estilo es el hombre", no se puede menos que ponderar la urgencia de profundizar en la fisonomía interior de este hombre. Tanto como de los análisis y noticias sobre sus obras deberíamos preocuparnos en dejar un conjunto de testimonios vivos sobre el mundo de las ideas y de los sentimientos que han alimentado su espíritu a lo largo de su existencia.

Por circunstancias en cierto modo fortuitas he tenido el privilegio de tratar de cerca a Guerrero Malagón desde hace bastante tiempo. Estos contactos me han permitido comprenderle mejor como artista y como persona, dos aspectos que no deben disociarse a la hora de juzgar su obra, porque uno y otro se complementan e iluminan.

Lo conocí en un año que no puedo precisar con exactitud a comienzos de la década de los sesenta, cuando él vivía en Toledo un poco más abajo de la puerta de Balmardón. Allí tenía su modestísimo estudio, donde se encontraba a sus anchas entre cuadros, bocetos, apuntes, tallas, gubias, pinceles, centenares de objetos relacionados con su trabajo, desordenados y queridos, y también multitud de cachivaches propios del oficio. Hacía frío. Una estufa de butano intentaba paliar en aquel ambiente los rigores del invierno de Toledo. Bajo su atenta mirada se iniciaba ya su hijo en la carrera del arte. Yo fui para hacerle un encargo con destino a la iglesia de San Pedro Mártir, del que hablaré después. No sé qué misteriosas afinidades crearon entre nosotros una corriente cordial de simpatía. Me cautivaron su modestia, su idealismo y el entusiasmo con que exponía los proyectos que acariciaba. Nuevos contactos posteriores establecieron ya una sólida amistad. A través de ellos he podido comprobar las ricas facetas del hombre y del artista: su esencial bondad humana, el venero de su fe profunda, su dolorida queja por un Toledo que él conoció y que se iba desmoronando, su tímida pero firme protesta ante la insensibilidad generalizada de los poderosos y la indiferencia de la incultura, su rechazo a todas las formas de degradación moral y material. Incapaz de hacer daño a una hormiga, enemigo de toda polémica, de palabra sosegada, transido de admiración por la belleza, y como artista de raza, distante de cualquier apariencia de mercantilismo, ha vivido enamorado de su oficio en medio de un mundo donde apenas queda un resquicio para románticos y quijotes. Casi me atrevería a buscar paralelismos entre él y el mínimo y dulce Francisco de Asís. Con el conocimiento que me ha proporcionado su trato amistoso creo no equivocarme al afirmar que su vida interior es

mucho más rica que lo que se transluce a través de la contemplación de su obra.

Un segundo motivo me ha inducido a tomar la palabra en este homenaje. Guerrero Malagón será, sin duda, más conocido en el futuro por el cuño personal que ha impreso a esas criaturas de su pintura originalísima que por sus otras actividades artísticas. Pero este hombre, como los clásicos, es un artista completo, polivalente.

Por eso, con ocasión de este homenaje, desearía aprovechar la oportunidad para llamar la atención sobre las obras de imaginería religiosa salidas de sus manos. Aunque algunas vienen mencionadas en el perfil biográfico del programa de estos actos, quisiera contribuir a añadir algunas más a esa lista y recordar que sería bueno preparar un catálogo de sus esculturas en madera. No debemos olvidar que Guerrero trabajó en el noble oficio de la talla del mueble, en un tiempo en que todavía no se habían introducido en los talleres las técnicas automáticas en el tratamiento de la madera.

Yo he recibido por una fidedigna tradición, que ha sido confirmada por manifestaciones del propio Guerrero Malagón, que después de los destrozos de la guerra civil fue llamado por el inolvidable don Casimiro Sánchez Aliseda, capellán que a la sazón era de la iglesia de San Pedro Mártir, a rehacer, en lo posible, la imaginería religiosa de dicha iglesia, propiedad de la Diputación. Guerrero se encontró frente a un desolador panorama de montones de escombros, pues todas las imágenes habían quedado reducidas a puras astillas. Con una paciencia y un cariño dignos de un benedictino fue recomponiendo manos, brazos, restos de cabezas, fragmentos dispersos, ajustando las piezas como si se tratara de un gigantesco rompecabezas, encolándolas, tallando piezas nuevas y estofando con primor el conjunto resultante. Una de las imágenes más valiosas restauradas por él fue el llamado Cristo Moreno, una talla americana del siglo XVII, que hoy se halla en la capilla del Hogar de Ancianos y se encontraba convertida en mil pedazos.

Una de las primeras obras de talla religiosa que hizo el maestro

Guerrero Malagón fue un Vía Crucis para la iglesia de San Pedro Mártir. Le fue encargada por D. Casimiro Sánchez Aliseda, mi predecesor en la capellanía, en una fecha que no puedo precisar, pero probablemente en los años 50, actualmente se conserva instalada en la capilla de la Residencia de Ancianos de la Diputación Provincial de Toledo.

Cuando yo tomé contacto por vez primera con Guerrero fue para encargarle un Cristo procesional para las funciones litúrgicas del Viernes Santo. Probablemente me indicó su nombre una religiosa llamada sor Pilar Hernández o tal vez don Juan Francisco Rivera. Había yo venido hacía poco de estudiar y regresaba después de haber observado con mucho detenimiento las riquezas artísticas de la ciudad de Florencia, cuna del Renacimiento. Traía conmigo centenares de filminas de arte, que el profesor Kirschbaum nos proporcionaba a los estudiantes a precio de estudiante. Una de ellas representaba el Cristo de Donatello y la entregué a Guerrero Malagón, no para que sacara una reproducción, sino para que tuviera un modelo donde inspirarse, pues me constaba que él amaba el clasicismo, dejándole plena libertad para crear una obra propia. Así surgió un cristo en madera de nogal, de un tamaño como de 60 cm., que es un prodigio de talla de una perfecta anatomía en reposo que iba muy bien con los gustos de Guerrero en este género artístico. Está firmado y hoy se encuentra en el Hospital del Nuncio o Psiquiátrico de Toledo. La cruz ha sido un poco modificada de color y esto es una pena, pues la obra que sale de las manos del artista debe permanecer tal como él la creó. También hizo Guerrero entonces un cristo de inspiración románica en madera de nogal, que es propiedad particular.

Unos años después, siendo yo todavía capellán de San Pedro Mártir y con motivo de las reformas litúrgicas introducidas por el Concilio Vaticano II, Guerrero Malagón y su hijo restauraron la hornacina del retablo mayor y varios retablos laterales de dicha iglesia. El trabajo no se redujo a la simple restauración, sino que se aprovechó la oportunidad para dorar y estofar grandes zonas de la

madera que estaban perdidas. Entonces pude comprobar hasta qué punto Guerrero Malagón dominaba estas técnicas refinadas y era heredero de la mejor tradición retablística toledana. Ojalá todo esto se conserve muchos siglos como merece.

No tengo más que añadir. Me daría por muy satisfecho si estas palabras mías hubieran contribuido a dar a conocer un poco mejor a este artista sin par nacido en esta villa de Urda.